

Delincuente de agua dulce

Anselma, septuagenaria, se muestra cabizbaja y con gesto apesadumbrado. Permanece sentada frente al escritorio que preside el desangelado despacho del comisario Aguirre. Nunca antes había pisado el interior de una comisaría de policía. Solo había visto su frenética actividad en algunas películas de su venerado Clint Eastwood. Para una jubilada como ella —con una pensión irrisoria— el único entretenimiento a su alcance era ver a su estrella del celuloide en la pequeña pantalla de su televisor. Aunque Anselma se declaraba en contra de la violencia, hacía una excepción con la que abundaba en aquellos largometrajes. Asumía con naturalidad la aparente contradicción de ser una pacifista convencida y al mismo tiempo una acérrima seguidora de las películas de acción. Se consolaba pensando que en la ficción el fin justifica los medios.

Anselma llama la atención a simple vista por ser una mujer de complexión delgada y baja estatura. Siempre te mira con esos ojillos que parecen estar al borde de las lágrimas. Su aspecto frágil ha despertado la compasión de Ginés, el joven agente que procedió a su detención la pasada noche. Le ha traído un café de la máquina que hay en el vestíbulo para que entre en calor. Un calabozo húmedo no había sido el lugar más confortable para pasar una gélida noche de comienzos de enero. El comisario le da las gracias a Ginés por haber tenido ese amable gesto con la detenida. Seguidamente, el agente abandona el despacho para regresar a sus quehaceres. Anselma, temblorosa, sostiene con ambas manos el vaso de plástico. Antes de que comiencen a interrogarla, le da unos pequeños sorbos al humeante desayuno, aunque con su pulso inestable no le resulta fácil.

—Tiene usted derecho a un abogado —Es el consejo que le ofrece la inspectora López de la Policía Nacional. Una treintañera de semblante serio. Es la mano derecha del comisario Aguirre.

—¿Un abogado? Debe usted estar de broma. Ya le he dicho que no me queda ni un céntimo.

—En ese caso, le podemos proporcionar uno de oficio.

—¿De oficio?

—Sí, señora Anselma. Si no dispone de recursos suficientes, no tendrá usted que abonar la minuta.

—¿La qué...?

—La minuta.

—Perdóneme, inspectora, si quiere que me entere de algo tendrá que hablarme en cristiano.

—Lo que la inspectora López pretende decirle es que usted no tendrá que pagar absolutamente nada —tercia el comisario—. El abogado o la abogada que le corresponda por turno de oficio trabajará para intentar ayudarla, pero a usted le saldrá gratis.

—¿Gratis? Los medicamentos son los que tenían que haber sido gratis, señor comisario. Yo me habría ahorrado todo este disgusto y ustedes, todas las molestias que les estoy dando. Además, ¿sabe qué le digo?... de no ser porque tengo que cuidar de mi nieto, me daría exactamente igual lo que hicieran conmigo. A mi edad y en mis circunstancias ya lo mismo me da ocho que ochenta. Me valía más morirme. El único que me preocupa es mi pobrecito Fermín. ¿Qué va a ser de él cuando yo falte?

Fermín, sin ningún otro familiar que se pueda hacer cargo de su custodia, vive bajo la exclusiva tutela de su abuela Anselma. Cumplirá once años el próximo miércoles. Sin embargo, debido a sus problemas de desarrollo muchos dirían que tiene tan solo seis. Nació con una enfermedad rara cuyo nombre más parece un endiablado trabalenguas. Anselma se muestra incapaz de pronunciarlo bien a la primera.

Nunca se ha resignado al hecho de que a su nieto le haya tocado en desgracia esta enfermedad. Por un lado, resulta complicada de sobrellevar para un niño y por otro, imposible de costear para una anciana menesterosa como ella. Se pregunta muy a menudo qué clase de pecado podía haber cometido en otra vida anterior para seguir recibiendo semejante castigo en la presente. No le parece justo.

Anselma nunca habla del porvenir como algo que acontece de manera azarosa. No. Una existencia colmada de desgracias le ha dado motivos suficientes para convencerse de lo contrario. Se muestra segura de que hay algo o alguien que maneja los designios de su destino, y está demostrando una verdadera animadversión, a juzgar por como se las gasta. Cómo explicar si no la recurrente inquina que parece cebarse de manera tan cruel con ella y con toda su familia. Hasta donde alcanzan sus recuerdos, el azar siempre le ha mostrado su lado más ingrato.

Fermín también ha heredado el mismo infortunio que parece maldecir al resto de su parentela. Desde el mismo día en que vino al mundo, la vida del pequeño ha estado vapuleada por la desgracia. Otro tanto se podría afirmar de la suerte que corrieron sus progenitores. Fermín no llegó a conocer a su madre, fallecida durante las complicaciones del parto. Su padre pereció en un accidente de tráfico unos años después. Un conductor kamikaze se cruzó en su camino cuando regresaba del trabajo.

Como si se tratase de otra retorcida burla del destino, el pequeño Fermín, sin padre ni madre, ahora además precisa tomar medicamentos *huérfanos*. Al parecer, así es como denominan a los fármacos que se emplean para intentar detener el avance de estas extrañas patologías. Sin el tratamiento adecuado, el deterioro en la salud del pobre Fermín llegaría a tornarse irreversible. Tras un interminable peregrinar por varios hospitales, los doctores dieron al final con el diagnóstico certero. El equipo médico que lo atendió se tomó un profundo interés, dado lo particular de su caso. Eventualmente, habían consensuado la terapia adecuada. Parecía estar dando buenos resultados. Lo indignante eran los desorbitados precios de los fármacos específicos que aquellos doctores prescribían.

No todas las familias pueden hacer frente a unos gastos que a Anselma se le antojaban sencillamente ultrajantes. Así pues, se podría decir sin temor a equivocarnos que Fermín es un niño pobre afectado por una enfermedad solo apta para ricos.

Anselma ya ha firmado la declaración. Finalmente, renunció a ser asistida por un letrado por más que se lo ofrecieron. No han necesitado presionarla para arrancarle su testimonio; lo ha hecho por su propia voluntad. Necesitaba quitarse ese peso de encima y terminar cuanto antes con esta pesadilla. En presencia del comisario Aguirre y de la inspectora López, concluyó su pormenorizado relato. Anselma repasó con detalle los síntomas que el pequeño Fermín comenzó a padecer la tarde anterior. La última pastilla que quedaba en el blíster se la había administrado durante el desayuno. Ya no había más. Recordaba aquel instante perfectamente. Fermín se había tomado aquella última gragea justo después de desenvolver a toda prisa el único regalo que le habían traído los Reyes esa misma mañana. Dada la proximidad con la fecha de su cumpleaños (dos días después), aquel presente serviría a su vez como regalo de aniversario. Esta Navidad, el presupuesto de Sus Majestades había sido tan austero como todas las anteriores.

Los primeros espasmos, aún leves, aparecieron al caer la noche. Eran el preámbulo de otra crisis que no tardaría en llegar. De no poner remedio a tiempo, comenzarían las habituales convulsiones, la respiración agitada, los ojos en blanco... Había llegado la hora de suministrarle a Fermín la pastilla que acostumbraba a tomar después de la cena, pero ya no quedaban más. La compungida mujer no estaba dispuesta a presenciar otro episodio de sufrimiento por parte de su nieto. Antes de que eso ocurriera, Anselma decidió coger un taxi que la llevaría a la farmacia de guardia más próxima. En cuanto llegó, las

cámaras del interior del establecimiento registraron con nitidez las imágenes y el audio de todo lo sucedido.

En la pantalla del ordenador que Aguirre tiene sobre la mesa de su despacho se puede ver la secuencia completa. El comisario gira el monitor hacia Anselma para que sea consciente de lo que ha hecho. Cuando finaliza la escena, Aguirre le vuelve a dar al *play* para visionar de nuevo las imágenes. En ellas se puede palpar la desesperación de una anciana nerviosa y asustada enfrentándose a una situación límite. Sin embargo, a medida que avanzan los fotogramas, todo se va impregnando de una cierta atmósfera kafkiana. La manera en que Anselma intenta manejar aquella circunstancia extrema va adquiriendo tintes surrealistas. Aunque las consecuencias procesales que le podrán sobrevenir no son para tomarlas a broma, debemos admitir que hay algo de cómico en lo acontecido.

Anselma parecía no reconocerse a sí misma en las imágenes. Nunca se consideró capaz de hacer algo así. Jamás imaginó que con tal de salvaguardar la salud de su nieto cometería semejante majadería.

—¿Qué habrían hecho ustedes? —pregunta Anselma con tono imperativo. No obtiene respuesta por parte de ninguno de sus dos interlocutores—. ¿Es que acaso ustedes no tienen hijos? Pónganse en mi lugar.

Ahora los cariacontecidos resultan ser el comisario Aguirre y la inspectora López. Esta era la cara amarga de su profesión. Como servidores de la ley estaban obligados a velar por su cumplimiento. Aunque de sobra sabían que hay circunstancias que abocan a algunos desafortunados hacia un callejón sin salida. No era la primera vez que vivían algo semejante. No obstante, el deber del comisario era poner a Anselma a disposición judicial. Con independencia de los motivos que hubiesen empujado a aquella provecita mujer a hacer lo que hizo, lo incuestionable es que había cometido un delito y el procedimiento legal debía seguir su curso.

«El costoso tratamiento de mi nieto ha consumido mis pocos ahorros, y mi pensión miserable no da para más», es el amargo lamento que se escucha en la secuencia que han grabado las cámaras. Mientras tanto, el indolente farmacéutico —acostumbrado a escuchar desgracias ajenas— se limita a envolver los medicamentos con total indiferencia, sin siquiera levantar la vista para mirar a la cara a su cliente.

—¿En efectivo o con tarjeta? —Son las únicas palabras que el muy despiadado pronuncia con una displicencia insultante.

Ese desdén fue la gota que colmó el vaso. Anselma, a partir de ese instante, ya no pudo contener su rabia. Una pistola apuntando directamente al entrecejo de aquel prepotente enfundado en su bata blanca sirvió para despejar la cuestión.

—¡Ni en efectivo ni con tarjeta! Las medicinas esta vez van a correr por cuenta de la casa —sentenció la anciana con una determinación inusitada.

—¡No dispare, por favor! Llévese lo que quiera pero, por Dios se lo pido, no haga ninguna tontería.

Entre tanto, bajo el mostrador, la mano del boticario parecía buscar con premura el botón de alarma.

—¡Alégrame el día! —lo retó Anselma en cuanto se percató del disimulado ardid. Sin siquiera ser consciente de ello, había articulado aquellas tres palabras igual que las pronunciaba su idolatrado actor en *Harry el sucio*; un largometraje que ya había visto al menos media docena de veces. Poco a poco, sin pretenderlo, Anselma se iba metiendo más y más en el papel de su admirado Clint Eastwood.

Con la misma impronta autoritaria, la envalentonada abuela ordenó al farmacéutico que pusiera las manos donde pudiese verlas. Sin embargo, el boticario parecía haber quedado petrificado tras el mostrador. Nuestra huesuda septuagenaria le lanzó una última advertencia. Contó hasta tres en voz alta y despacio

para que aquel altanero recapacitase y acatara sus instrucciones. El desconcertado propietario del negocio no acertaba a creer que aquella mujer, trémula y vetusta, lo estuviera amedrentando de ese modo.

Anselma, a la vista de la falta de colaboración, y agotada su paciencia, no vio otra alternativa. Apuntándole a la cara, no dudó a la hora de apretar el gatillo una y otra vez hasta que una voz interior la advirtió que ya era suficiente. Estaba fuera de sí. A pesar de su evidente estado de agitación, fingió para sí misma una actitud parsimoniosa y pletórica de una afectada dignidad. Cogió las carísimas pastillas que el boticario había envuelto hacía tan solo un momento y, ya de paso, se apoderó de tres cajas más que quedaban en la rebotica. «Total, de perdidos al río», se la oyó mascullar. Las introdujo dentro del mismo bolso del que había sacado aquella socorrida pistola que aún sostenía en su mano derecha con inexperto ademán. Aunque muchísimo más ligera y fácil de manejar que el revólver Smith & Wesson de Harry el sucio, el arma que portaba Anselma tenía una apariencia tan intimidatoria como la de su deslumbrante actor de la gran pantalla.

Su desesperado plan había funcionado, pero para ello se había visto obligada a dejar de lado sus escrúpulos. Sus métodos habían sido tan poco ortodoxos como los del inspector Harry Callahan. No se sentía orgullosa de lo que acababa de hacer, al contrario. De un plumazo había quebrantado todos sus principios. Intentaba consolarse pensando que aquello había sido fruto de la necesidad. Por otra parte, el menosprecio del boticario la había sacado de sus casillas. En cualquier caso, echándole coraje había conseguido su propósito. Ahora ya tenía en su poder el remedio que aliviaría el padecimiento de su pobre nieto, al menos durante una buena temporada.

Decidió que había llegado el momento de abandonar la farmacia y tomar otro taxi que la devolvería a su domicilio para mitigar el sufrimiento del pequeño Fermín. Así lo hizo, no sin antes darse el gustazo de apretar el gatillo un par de veces más. La pistola que le habían traído los Reyes a su nieto se había convertido por una noche en algo más que un simple juguete. El empapado rostro del boticario era todo un poema. Todavía apabullado por el bizarro desarrollo de aquel atraco, los ojos del farmacéutico se volvieron a nublar tras recibir a *quemarropa* otros dos generosos chorros del inofensivo líquido elemento.

Seudónimo: Vicente Nario